

## BIBLIOGRAFIA

NOVI TESTAMENTI BIBLIA GRAECA ET LATINA, crítico apparatus aucta, edidit Ioseph M. Bover, S. I. (Matriti MCMXLIII), pág. LXXX y 772, duplicadas las páginas con numeración arábica.

Introducción o Prolegómenos magistralmente escritos, texto griego con esmerada escrupulosidad preparado e impreso con tanta corrección como gusto tipográfico, he aquí el triple elogio que gustoso tributo al R. P. Bover y a cuantos han sido generosos Mecenas, felices cooperadores o ejecutores diligentes de tan benemérita obra. Pero el triple elogio hay que desdoblarlo afortunadamente en más y más elogios. Porque lo magistral de la introducción no está tan sólo en su escritura; está en su misma concepción, tan objetiva como personal; en su división y subdivisiones lógicas, en su exposición clara y metódica de los principios críticos y de los criterios documentales y racionales adoptados en la fijación del texto; mientras que lo correcto, sobrio y elegante de la presentación tipográfica del mismo texto griego es el coronamiento más adecuado de la ingente labor que supone un texto crítico tan a conciencia preparado e impreso.

Y no añadiría yo una palabra más acerca de una obra que por su valor intrínseco me obliga a rendirle con toda sinceridad mi admiración, mi respeto, mi entusiasmo; pero a decir algo más me obligan también, por una parte, mi imparcialidad de crítico; por otra, la modestia y la sinceridad científica del R. P. Bover, que en su «Saludo al lector» indica sus deseos de que en ediciones siguientes *lacunae compleantur et errores emendentur*. Me es grato decir que en su obra ni encuentro lagunas que llenar ni errores que corregir; pero si me atrevo a proponer o a indicar *mejoras*, que en ediciones sucesivas se podrían introducir.

PRIMERA MEJORA: la supresión del texto latino. He sido y soy entusiasta admirador de la Vulgata latina; por lo mismo, su yuxtaposición con el texto griego en la edición del R. P. Bover no me podría disgustar, antes me resulta gratisima, porque la sola comparación de las páginas duplicadas del texto griego y del latino constituye una de las más brillantes apologías del texto de la Vulgata latina. Pero en nuestro caso esa yuxtaposición no me parece digna: junto a una edición estrictamente crítica del texto griego, una mera transcripción del texto latino de la Vulgata Clementina (por perfecta que sea, como lo es) no puede presentarse dignamente desde el punto de vista crítico. Más aún, considerada la cosa tipográficamente, desde no poco ese texto latino junto al griego por sus tipos, por el cuerpo de ellos, por toda su presentación. Reconozco el

mérito de hacer coincidir las páginas de ambos textos, griego y latino; reconozco lo bien pensado de los títulos y subtítulos del texto latino; pero con todo ello lo que es yo no podría aprobar el transcribir y publicar un texto no crítico junto a otro estrictamente tal. Fijese el culto lector, por ejemplo, en las páginas 567, 573, 619, y verá lo justo de nuestras apreciaciones.

SEGUNDA MEJORA: el número 4 del Prolegómeno III, acerca de los *Criterios racionales* (pág. XXXIX), parece resultar insuficiente en sí mismo y poco coherente con el *Scholion 2*, acerca del Apocalipsis (pág. 64 s.); y menos coherente aún con los textos mismos del Apocalipsis, señalados comúnmente por los críticos como *solecismos*; y que creyéndolos yo corregidos por el R. P. Bover, como consecuencia del *Scholion 2*, los encuentro sin corrección; por ejemplo. Apoc. 1, 4 s.; 2, 20.

TERCERA MEJORA: la puntuación del texto griego. Hermosamente dice el R. P. Bover, hablando de la ortografía adoptada en el texto latino, «*Nimirum orthographiam sententiae subiecimus*» (pág. 14, líneas 2 s.); pero no sé cómo compaginar esa afirmación con la que seis líneas antes se lee de que la ortografía de la Vulgata Clementina se sigue en todo el texto. Sería de desear que ese principio «de someter la ortografía [y la puntuación] al sentido del texto» se siguiera con la mayor escrupulosidad, sobre todo en el texto griego. De hacerlo así, el pasaje de San Mateo (3, 3) y los paralelos de San Marcos (1, 2) y de San Juan (1, 23) hubiesen tenido una expresión tipográfica y de puntuación muy distinta de la que tienen; y en completa armonía con la mente de Isaías, a la que por desgracia no se conforman en su forma actual en la edición que estudiamos.

CUARTA MEJORA: en la introducción parece que hubiera sido muy conveniente hacer resaltar el hecho de la *coincidencia y concordancia sustancial* de los principales códices entre sí y aun de las distintas ediciones críticas griegas entre ellas mismas; para evitar en más de un lector la idea errónea de que no existe todavía un texto griego del Nuevo Testamento que corresponda sustancialmente a los textos originales. Asimismo se debería hacer resaltar más en la introducción que las divergencias en la inmensa mayoría de los casos se refieren a puntos secundarios y muy secundarios.

ULTIMA MEJORA: creo que una nueva edición de la obra del reverendo P. Bover llegaría a tener autoridad sin igual si en la presentación tipográfica del texto griego aparecieran de manera clara y categórica los textos que ya se pueden dar por *definitivos*, distinguiéndolos tipográficamente de aquellos en los que existe aún una *duda positiva* de su autenticidad. Por lo menos sería oportunísimo un apéndice o varios apéndices, en que se señalaran los textos *críticamente inciertos* a una con la lectura que en cada caso se creyeran más probables.

Nadie mire las mejoras que propongo como señalación de defectos en la edición que he juzgado con toda imparcialidad; y que con la misma imparcialidad con que antes he admirado, respetado y elogiado, vuelvo a admirar, respetar, elogiar y recomendar con todas veras, como obra de verdadero avance y progreso para la determinación y fijación del texto griego del Nuevo Testamento.

JOSÉ M.<sup>a</sup> BOVER, S. J.—*El Evangelio de N. S. Jesucristo. Los cuatro Evangelios, armonizados y ordenados cronológicamente.*—Un volumen de XL-489 páginas, formato 10 x 16 cms. Editorial Bames, Durán y Bas, 11, Barcelona, 1943. Edición en papel biblia o en papel satinado. Precio indistintamente para cada edición: 8,50 pesetas en rústica y 12 en tela.

Presenta este excelente libro una relación seguida de todo cuanto narran los cuatro Evangelistas, formada mediante una científica combinación y acoplamiento de todo el contenido de los Evangelios. El engarce es obra del armonizador; las palabras y sentencias, las mismas de texto sagrado. Así se obtiene la vida fundamental de Nuestro D. vino Salvador, tejida de las mismas expresiones evangélicas, sin las repeticiones consiguientes a las cuatro narraciones distintas de los cuatro Evangelistas.

El orden orientador de la agrupación de los hechos es el cronológico, cuyos principios básicos vienen expuestos en la Introducción. En ella se señalan con mano maestra las características y desarrollo de los tres períodos de la vida de Jesús: infancia y vida oculta, vida pública y consumación. Y para su mejor inteligencia antes se ha descrito la situación política, religiosa, social y topográfica de Palestina en tiempo de N. S. Jesucristo.

La versión castellana, propia y personal del autor, sobresale por el buen gusto, por la fidelidad y claridad. Está hecha según el texto de la Vulgata, pero con la mira puesta siempre en los originales griegos; de modo que a su luz matiza la traducción del latín, reuniendo así las ventajas del texto litúrgico latino y las del griego, que sirvió de modelo a la Vulgata.

Por todas partes aparece en la obra la nitidez, orden y pulcritud, lo mismo en la redacción que en la presentación tipográfica. El desenvolvimiento gradual de la vida del Salvador desfila en 361 párrafos, precedidos de su epígrafe propio y seguidos, cada uno, de un breve comentario o de alguna otra ilustración, pictórica o doctrinal.

Un apéndice instruye sobre el modo de meditar, y cuatro hermosos índices facilitan la utilización de esta concordia evangélica: el litúrgico, el de los pasajes de cada Evangelista, el sinóptico y, finalmente, el de los principales hechos y dichos del Salvador en su vida pública. Este último—el más original—está sumamente indicado para círculos de estudios, por los temas que agrupa, muy ordenados y fecundos.

De la labor tipográfica, aparte de otras laudables dotes en la selección y distinción de tipos, en la nitidez de la estampación y calidad del papel, sólo queremos destacar lo artístico y habilidoso con que se hacen resaltar los diálogos de la narración evangélica.

Mucho nos complacemos en augurar el éxito y difusión que merece libro a todas luces tan recomendable.

SANDALIO DIEGO, S. J.

JUAN LEAL, S. I.—*Nuestra Fe en la Eucaristía*.—Escelicer, Cádiz-Madrid, XV-212 págs., 1943.

Siguiendo el criterio general de las publicaciones del Centro de Cultura Religiosa Superior de Granada, el presente volumen ni es un libro piadoso ni tampoco un tratado científico de teología, sino algo medio que, vulgarizando con solidez y competencia lo mejor de la Eucaristía, aspira a fomentar la devoción hacia tan augusto misterio.

*Nuestra Fe en la Eucaristía* se llama este libro. Y cierto que quien recorriere atentamente sus páginas podrá formarse una idea bastante exacta de la doctrina eucarística. La primera lección es una ojeada histórica al hecho de la fe cristiana en la Eucaristía, hecho que, partiendo del momento presente y pasando a través de muchas generaciones, empalma con los orígenes del Cristianismo, arrancando del mismo Jesucristo (lec. 2.<sup>a</sup>), cuya promesa e institución eucarísticas se estudian en los apartados tercero y cuarto. En los capítulos quinto y sexto nos adentramos en la naturaleza de la Eucaristía, tal como Jesucristo la ha concebido, admirando su carácter de sacrificio y de sacramento. La última lección no hace sino apuntar sintéticamente algunos aspectos de la Eucaristía como misterio.

S. G.

RAMÓN J. DE MUÑANA, S. I.—*Verdad y Vida*.—Colección de hechos y dichos catequísticos. Tomo I: *El Credo y los Novísimos*.—Bilbao. El Mensajero, 753 págs., 1944.

Según el plan del autor, *Verdad y Vida* constará por lo menos de cuatro volúmenes, distribuidos de la siguiente manera: I. *El Credo y los Novísimos*. II. *Los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia*. III. *El pecado. La gracia. Los Sacramentos*. IV. *La oración y el Padrenuestro*.

Ya tenemos entre las manos el primer tomo, venturosas primicias de toda la obra. A juzgar por esta muestra, la obra no será propiamente un Catecismo, aunque también contiene la parte doctrinal correspondiente, sino más bien una rica cantera de ejemplos, anécdotas y curiosidades, ordenadas a facilitar las explicaciones catequísticas, haciéndolas atractivas y prácticas.

No faltarán quienes hubieran deseado una mayor depuración crítica. El autor se hace cargo del reparo y expresa así su criterio en esta parte: «Hemos preferido presentar la obra con todas las citas de primera o segunda mano que nos fué posible, dados los escasos medios que teníamos a nuestro alcance, aunque la autoridad de algunas fuentes sea nula, históricamente considerada... El juicioso lector, a vista de esas fuentes, podrá formarse idea de la garantía que le merecen los hechos que se narran... Imposible verificar los detalles de ejemplos que aquí se contienen... Y si suprimimos los que no son rigurosamente históricos, en muchos puntos de doctrina la colección resultaría deficiente...» (págs. 5-6).

Saludemos, pues, con respeto y simpatía este primer volumen de *Verdad y Vida*, consagrado a la explicación en ejemplos del Credo y de los Novísimos, el cual viene a enriquecer la ya abundante biblioteca catequística española.

S. G.

J. BUJANDA, S. I.—*Vida espiritual y elección de estado*.—Cádiz, 1943.

No es un comentario de los Ejercicios espirituales ignacianos este libro del P. Bujanda; pero está concebido y dispuesto conforme al plan general y al espíritu de San Ignacio de Loyola. Extrañará tal vez a algunos la parte apologetica introducida en el capítulo primero y la forma original del bellissimo capítulo último, que no responde, sin embargo, *enteramente* a la «Contemplación para alcanzar amor».

Es éste un libro de espiritualidad tradicional, maciza y sólida, como carpintado por un teólogo de profesión, escrito con suave unción y rara amenidad. Su estilo sobrio, clásico, preciso, se torna pintoresco no pocas veces, con observaciones del autor y rasgos de erudición científica e histórica, llegando a alcanzar cumbres literarias de gran belleza en el capítulo primero, cuando demuestra por la finalidad la existencia de Dios y la creación del mundo, y en el capítulo último, que es un «Cántico de amor a Jesús», pero un cántico descriptivo y contemplativo más que lírico, a pesar de ser todo él un largo coloquio; un cántico de amor y alabanza, como el que exhalarían San Francisco de Asís o San Buenaventura haciendo oración frente al paisaje multiforme de las criaturas. ¡Qué deliciosamente describe y pinta al ruiseñor, no por reminiscencias literarias, sino por observación directa, minuciosísima, admirativa y poética, en las páginas 39-41 y 546! Y lo mismo podríamos decir del naranjo, de la mariposa, de los variadísimos sonidos e instrumentos de una orquesta que ejecuta la *Sinfonía pastoral*, de Beethoven. Da gusto ver a un teólogo dotado de tan fina percepción de las bellezas naturales, para extraer de ellas lecciones ascéticas y amor divino, y de alma tan ingenuamente efusiva, dentro de la mayor sobriedad, concisión y exactitud.

R. V.

GOMERSINDO DE ESTELLA, O. F. M. CAP.—*Historia y empresas apostólicas del siervo de Dios P. Esteban de Adoáin*.—Pamplona, 1944.

En la aldeita navarra de Adoáin, escondida en las estribaciones pirenaicas, el 11 de octubre de 1808 nace Pedro Francisco Marcuello, que será en religión P. Esteban de Adoáin. Tras una juventud pastoril y labr'ega, inocente y piadosa, el 28 de noviembre de 1828 viste el hábito de capuchino en Cintruénigo, cuando apenas había iniciado los estudios de gramática. Es extraña la rapidez con que se ordena de sacerdote, en 1832, antes de cursar la Teología, sólo explicable por las azarosas circunstancias de la época. No tarda en estallar la primera guerra carlista. El año 1834 se ve forzado a salir de Pamplona, y en una gran casería de Bértiz, oculta en el bosque, vive dos años, estudiando Teología. El decreto de exclaustro-

ción de 1835 le obliga a vivir así en la montaña navarra, hasta que, fracasada la guerra carlista, parte para Italia en 1839. Tres años más tarde, y a los treinta y tres de su edad, se embarca para las misiones de Venezuela. Entonces se revela el P. Adoáin como el gran misionero del siglo XIX, un nuevo Javier, del temple de su insigne paisano, con la reciedumbre e intrepidez de un guerrillero carlista. Entre los indios del Apure, su evangélica predicación, cuajada de heroísmos y de casos prodigiosos, lo eleva a la categoría de civilizador de aquellas tribus. Los indígenas le adoran, pero el Gobierno le obliga a salir de Venezuela por negarse a nacionalizarse en aquella República y a jurar su Constitución liberal. Regresa a Europa y torna a embarcarse para las costas venezolanas. Su conducta es la de intrépido ministro del Evangelio. Por eso es encarcelado. Sale para la isla de Cuba, donde, protegido por el Beato C'aret, evangeliza aquellos campos, sedientos de la palabra divina. De Cuba se dirige a Guatemala. El Presidente, D. Rafael Carrera, indio de pura cepa, de mano dura y de sentimientos cristianos, le agradece públicamente la labor pacificadora y moralizadora que realiza en sus misiones. Lo mismo intenta hacer el P. Adoáin en El Salvador, a pesar de las turbulencias políticas. Desterrado por la revolución de Guatemala, tiene que buscar refugio en San Francisco de California. De allí vuelve a Europa. Los pueblos de Navarra escuchan, al terminar la última guerra carlista, las voces de perdón y penitencia que les grita su paisano, el capuchino de ojos extáticos o relampagueantes y de barba nevada y caudalosa, desbordada sobre el pecho. Desde la primavera de 1877 hasta el otoño de 1880, el P. Adoáin es el Apóstol de Andalucía. Sólo la muerte consigue detener los pasos de este evangelizador de la paz, que es al mismo tiempo el verdadero restaurador de la Orden Capuchina de España. «Vista en conjunto—diremos con su biógrafo—la labor de este hombre excepcional parece fabulosa: organizó en Cuba, Guatemala y El Salvador 19.918 hogares cristianos. Distribuyó en Cuba 82.000 comuniones. En Centro América, cerca de 400.000. No hemos sumado las de Venezuela, Francia y España. Fundó tres pueblos en país de salvajes. Estableció en más de 200 parroquias la Asociación de Hijas de María, de la Divina Pastora, de la Tercera Orden y la Archicofradía del Corazón de María. Erigió varios centenares de cruces en los campos. En América Central pacificó varios alzamientos y revoluciones. Asistió muchas veces a los apestados. Fundó varios conventos y casas de Ejercicios. Atravesó ocho veces los mares. Caminaba cada año centenares de leguas a pie y a caballo. Si se tiene en cuenta que mientras realizaba esta labor sufrió persecuciones, procesos, cárcel, destierros, enfermedades graves, se echará de ver que fué un prodigio de constancia. No podrá extrañarnos que el Cielo confirmará su predicación con prodigios admirables» (p. 489-90).

Gozó en su vida fama de santo. Su proceso de beatificación está incoado. Esta biografía, erudita y documentada, escrita por el padre Gumersindo de Estella, contribuirá indudablemente a enaltecer la figura del P. Adoáin y a que todos cuantos hablan nuestra lengua conozcan y admiren al que fué apóstol y misionero.

CARDENAL MANNING.—*El Sacerdocio eterno*.—Barcelona, 1943.

Conocidísima es la personalidad del Cardenal Manning, Arzobispo de Westminster, una de las más relevantes de la Iglesia Católica en Inglaterra, y en una época fecunda en grandes personalidades. Venido del anglicanismo, como Newman, en aquellos años, tan espiritualmente dramáticos, del Movimiento de Oxford, y ascendido, después de Wiseman, a la sede primacial inglesa, se preocupó más que nadie por la formación espiritual de los sacerdotes, fundando la comunidad de sacerdotes seculares, que llamó Oblatos de San Carlos, bajo la dependencia inmediata del prelado. A ese mismo espíritu obedeció la composición de su libro, ya clásico. *El sacerdocio eterno*, de altísima doctrina y suave tono pastoral, que deberían leer y meditar todos los sacerdotes. La traducción que aquí se presenta está hecha con exactitud y propiedad por el P. Andrés G. Rivas, S. I.

E. D.

*La santidad sacerdotal*.—Lecturas escogidas sobre la excelencia del sacerdocio católico.—Barcelona, 1943.

En esta colección de espirituales lecturas hay documentos preciosísimos, para los cuales todo elogio parece exiguo; verbigracia, la *Exhortación al clero católico*, de Pío X; la inmortal Encíclica de Pío XI sobre el Sacerdocio, y el discurso del mismo, intitulado «Como los ángeles de Dios». Ha sido buena idea la de añadir al final del libro las Oraciones litúrgicas de la Ordenación, en latín y castellano, que constituyen un verdadero Manual de Ordenandos. No estimamos tan acertadas las ideas vertidas en la Nota preliminar y la selección de ciertas páginas del Cardenal Mercier. Se puede ponderar la perfección sacerdotal muy altamente, sin comparaciones odiosas y además inexactas. Los que repiten y aun exageran algunos conceptos del Cardenal Mercier parecen ignorar que el mismo eminentísimo prelado reconoció en sus expresiones insuficiente exactitud y precisión, lamentando que ciertas adhesiones demasiado entusiastas hubiesen alterado su pensamiento. (Cf. Gregorianum, 1922, III, ss.) Como apéndice, pero impreso aparte, va un artículo del padre Ulpiano López, S. I., titulado «La perfección sacerdotal y su fundamento».

E. D.

ANTONIO PEINADOR, C. M. F.—*Santidad sacerdotal y perfección religiosa*.—Ensayo teológico sobre la perfección comparada del sacerdocio secular y del estado religioso. Madrid, 1943.

Para poner en claro y puntualizar con toda exactitud teológica algunas cuestiones que ciertos autores modernos se empeñan en involucrar, viene muy a tiempo este librito del P. Peinador, que no es más que la edición española del libro publicado por el mismo autor en latín hace cuatro años, titulado *Sacerdotium saeculare et status*

*religiosus, seu de perfectione comparata inter sacerdotium saeculara et statum religiosum*, del cual hizo recensión esta Revista en 1943, páginas 132-138. Los elogios que entonces se tributaron a dicha obra podíanse repetir ahora: precisión, nitidez, método, solidez de doctrina y fidelidad a las enseñanzas de Santo Tomás.

E. D.

IGNACIO CASANOVAS, S. I.—*El ideal del sacerdote*.—Barcelona, 1943.

Hoy, que tanta literatura ascético-teológica y pastoral se produce alrededor del tema del sacerdocio, serán leídas con singular fruición estas tres conferencias del preclaro P. Casanovas (p. 1936), recitadas en lindo opúsculo por Editorial Balmes. *El ideal del sacerdote* es Jesucristo. Jesucristo, como *Verdad eterna* revelada a los hombres, es el *ideal del entendimiento*. Jesucristo, como *Santidad esencial* y ejemplar de todo amor, es el *ideal de la voluntad*. Jesucristo, en cuanto es *el Hombre normal*, perfectísimo en todos sus sentimientos, constituye el *ideal del sentimiento*. Tales son las ideas desarrolladas con aquella jugosa profundidad y luminosa transparencia, características del P. Casanovas.

E. D.

ENRIQUE BARRACHINA, Pbro.—*La vocación al sacerdocio*.—Barcelona, 1943.

Prudentes y sabias consideraciones dirigidas a' joven que se dispone a elegir estado, proponiéndole los sublimes ideales del sacerdocio, en caso de que Dios le llame para ese estado, e indicándole los medios de conocer la vocación y las industrias para conservarla. Recomendamos calurosamente la lectura de estas alentadoras e instructivas páginas a todos los seminaristas y a cuantos se ocupan de la dirección espiritual de la juventud.

E. D.

ADOLFO MUÑOZ ALONSO.—*La Asunción de María*.—Verdad y definibilidad. Publicaciones de la Junta Nacional Restauradora del Misterio de Elche y de sus templos. 1944.

—*El Símbolo de la Fe en San Agustín*.—Murcia, 1943.

Son dos breves opúsculos de asunto teológico, como lo indican los títulos, pero al alcance de' gran público. En el primero se demuestra la tesis mariológica de la Asunción de Nuestra Señora a los cielos y la posibilidad de ser definida por la Iglesia como dogma de fe. El autor, en medio de su concisión, da muestras de conocer los más importantes escritos sobre la materia.

En el segundo se nos brindan hermosos pensamientos agustinianos sobre el Credo, y en ocho columnas paralelas se nos presentan los ocho pasajes distintos en que San Agustín habla del Símbolo de la Fe.



ADOLFO MUÑOZ ALONSO.—*En la festividad de Santo Tomás de Aquino*.—Discurso conmemorativo en el curso académico 1943-44. Murcia, 1944.

Es un discurso, o, mejor, un manojo de efusiones vibrantes y líricas en loor del Doctor Angélico: «Los discípulos de Santo Tomás de Aquino han presenciado imperturbables el desfile cruento de las filosofías nuevas desde el balcón teológico de las *Sumas*, en cuyo fondo aparece siempre, hierática y solemne, la figura del Maestro de Aquino, evidenciando con el sol de su doctrina las desviaciones heptaseculares del discurrir humano». Y es la postulación de un tomismo, no en sentido de retorno, sino de avance: «Por eso tomismo significa para nosotros no la genuflexión rítmica y dogmática al Doctor filósofo, sino un grito al trabajo sin tregua para vigilar cada noche y cada filosofía, salvándole a Dios, a punta de contemplación, el valor entitativo del Sér y de la Nada».

R. G.

CÁNDIDO MARÍN, S. I.—*Una celebridad desconocida: R. P. Tomás Gómez Carral, S. I.*—Madrid, 1943.

Tiene razón el P. Marín al poner como rótulo de su libro *Una celebridad desconocida*, porque el R. P. Tomás Gómez, iniciador y creador de esas dos grandes instituciones españolas, Comillas y Deusto—hoy Universidades—, es una flor de sombra, cuya egregia figura apenas conocen los mismos que disfrutaban de sus bienhechores efusivos. Fué un montañés de alma gigante que soñó grandes empresas para regenerar católicamente a España, y Dios le deparó los medios de plasmarlas en realidades, ponéndole en su camino personajes excepcionales, como el primero y el segundo marqués de Comillas. Allá por los años de 1862, la primera vez que el P. Gómez vino de profesor a Salamanca, concibió la idea de fundar un Seminario modelo, superior al Seminario Central, que empezaban entonces a regir los PP. de la Compañía en aquella ciudad, de tan claros timbres universitarios. Casi veinte años tardará en verificarse su sueño dorado, primeramente en La Guardia, y al cabo de un decenio más, en Comillas. Andando los años, se cumplirían plenamente los augurios del ilustre P. Urráburu, en 1882: «Según yo entiendo, ese Seminario, si no le faltan los recursos, puede llegar a ser una verdadera *Universidad Católica*, donde se enseñen todas las ciencias eclesiásticas».

Con gran efusión y filial cariño, el P. Marín nos ha trazado en estas páginas, más que una historia, una cálida semblanza del padre Gómez y una memoria entusiasta de los primeros años comilleses.

R. V.